

MICROPOLITICAS DE LA(S) MEMORIA(S):

El sentido político de la dignidad

Elsa Blair*

* Socióloga. PhD. en Sociología. Profesora Titular Universidad de Antioquia. Coordinadora del grupo de Investigación Cultura, Violencia y Territorio. Docente-Investigadora. Instituto de Estudios Regionales, INER. Medellín. Email: elsa.blairt@gmail.com

A MODO DE INTRODUCCIÓN

"¿No sería mejor abstenerse de hablar?"

Michel Pollack

Mucho se ha discutido en Colombia sobre la dificultad que enfrentan los procesos de reconstrucción de la(s) memoria(s) cuando el conflicto aún no ha terminado y en el país, estamos lejos del llamado post-conflicto que han conocido otras sociedades. Tampoco, como lo dejan ver algunas experiencias, el postconflicto ha facilitado la rememoración, y, menos aún, la reconciliación de esas sociedades¹. Nada parece indicar pues que éste, por sí mismo, sane las heridas de la guerra. El postconflicto (generalmente conseguido mediante pactos, acuerdos, treguas, cesación de hostilidades y demás) sólo es el requisito inicial de un potencial camino de reconciliación para la sociedad y una condición de posibilidad de la "recuperación" necesaria de las personas que han padecido situaciones de violencia, en medio de la guerra².

Sin minimizar la importancia que tendría para el país el ingreso a una situación de post-conflicto, es tan abigarrada la confrontación, tiene tantos actores y frentes, que sólo procesos de muy largo aliento (quizá tan largos como la guerra misma) conducirían, eventualmente a él. De ser así, la pregunta que se impone es ¿esperamos la situación "ideal"

del postconflicto para (re)memorar y empezar el doloroso proceso de recuperación o le damos paso a la "recuperación" de las personas mismas, aunque los eventos históricos en lo macro se presenten "desfasados" en relación con dicha recuperación? Incluso es posible pensar que iniciativas más locales (o "micro") de recuperación de las heridas pudieran conducir, con más facilidad, a procesos más macro de la sociedad. Siendo así, es importante seguir recuperando la(s) memoria(s)³, aún cuando el "peligro" no ha desaparecido y la dificultad es, a todas luces, mayor. Como lo han dejado ver varios autores, la posibilidad de articular procesos históricos con situaciones personales o, más precisamente, de esclarecer la estrecha relación entre vida cotidiana y momentos históricos, es un asunto poco analizado que deberá emprenderse en los estudios actuales (Guha, 1985; Das, 2008), ninguno de ellos osaría pensar que sólo procesos previos en lo macro, conducirían a desarrollos "satisfac-

torios" en lo micro. Total, las situaciones históricas no son iguales y las vías de recuperación de una sociedad a otra, también, son distintas.

Sobre estos presupuestos, en este artículo se proponen algunas reflexiones que contribuyan a la discusión de estas situaciones en el caso colombiano. La propuesta central apunta a mostrar cómo lo micro puede tener más importancia política de la que le hemos atribuido tradicionalmente. Y que una apuesta de reconstrucción de la(s) memoria(s) que rehabilita la periferia y la marginalidad (Pollack, 2006) que, -en nuestros términos- sería lo micro, y toda una apuesta por el sentido político de la dignidad, no es para nada desdeñable. Por el contrario, respondería a muchas de las necesidades de las víctimas del conflicto a la par que podría fortalecer procesos organizativos importantes a nivel local.

El artículo está dividido en tres partes. La primera mostrará aspectos de las discusiones que, de tiempo

1. El caso de Sudáfrica, ampliamente ilustrado por Castillejo, ha mostrado hasta qué punto si bien con la creación de la comisión de la verdad en el país africano, se vivió un proceso de justicia transicional que los expertos han considerado uno de los casos más "exitosos" de reconciliación de una sociedad en situación de postconflicto, la realidad es que al país africano, aún le resta mucho para recuperarse (Castillejo, 2009).
2. Mantenemos aquí la diferenciación, -muy importante- entre las guerras, y la violen-

cia producida en las guerras, establecida por Kalyvas (2004) que nos ha sido muy útil en análisis precedentes.

3. El grupo de Memoria Histórica de la CNRR reportaba para el año 2009, 196 iniciativas sociales de recuperación de la(s) memoria(s) (Uribe et Al. CNRR, 2009). Y, todos sabemos que, en ese registro, no están todas las que son. Los procesos organizativos y las iniciativas de muchos grupos de víctimas existen un tanto dispersas por todo el país, pero no se detienen.

atrás, vienen haciendo algunos autores desde corrientes críticas del pensamiento social, al cuestionar de diferentes maneras la concepción tan “racional e instrumental” con la cual se ha entendido y manejado la política, sus limitaciones a la hora del análisis de realidades socio-políticas y la necesidad de incluir aspectos como las emociones y las subjetividades para comprender las dinámicas de fenómenos políticos que “no se dejan capturar con las categorías clásicas de la política” (Bolívar, y Nieto, 2003; Bourdieu, 2000). La segunda parte será una aproximación conceptual a la noción de micropolíticas. para mostrar cómo y por qué ella resulta útil a la discusión sobre los procesos de reconstrucción de la(s) memoria(s) dado que amplía, enormemente, su potencial político al permitir “situar” el poder a escala micro y buscar formas de “legitimidad” en “lo público”, más que en lo institucional-estatal⁴. Así, un asunto como la “legitimidad” de la(s) memoria(s), no se agota en su dimensión estatal (léase en este caso: memoria oficial) y, por el contrario, puede provenir de otros “espacios” con enormes recursos donde también se juegan relaciones de poder y, entonces, la(s) memoria(s) “no oficiales” conocidas como “subterráneas”, “invisibilizadas”, “marginales” (Pollack, 2006) pueden emerger y lograr un importante potencial político. De esta manera, la posibilidad de (des)centrar el poder del Estado y -para el caso que nos ocupa-, de (des) estatalizar la(s) memoria(s) (Blair, 2011)⁵, se vuelve un camino fructífero para potenciar políticamente, los procesos de reconstrucción de esa(s) memoria(s) “no oficiales”. En la tercera parte, trataremos de mostrar cómo se puede producir “legiti-

midad” por fuera del marco estatal (situándola más bien en lo público) a partir de la consideración de dos aspectos centrales, la subjetividad y la cotidianidad. Finalmente, a modo de conclusión, sostenemos que la recuperación y reivindicación de la dignidad de las víctimas, a través de los procesos de rememoración y/o de reconstrucción de la(s) memoria(s) de la violencia que han vivido, no es un asunto menor sino, por el contrario, un asunto con un enorme potencial político.

I. POR UNA RE-CONCEPTUALIZACIÓN DE LO POLÍTICO Y/O EL PODER

“...La política no es un “objeto dado” de pensamiento sino que se hace tal en la medida en que la sociedad al actuar sobre ella misma, al autofundarse, reconoce y redefine permanentemente los límites de la vida social.”

Ingrid Bolívar

4. Aunque por razones de espacio no es posible ampliar la reflexión en este punto, podemos decir que, apoyándonos en la analítica del poder de Foucault (Foucault, 1998) y en la geopolítica crítica (Agnew, 2005; Piazzini, 2008), tanto el poder como la dimensión pública de la memoria, no se agotan en su dimensión estatal, es decir, el poder no es necesariamente estadocéntrico y, por el contrario, puede provenir de múltiples lugares como un poder en red que atraviesa la sociedad. El poder es más bien una relación de fuerza (Foucault, 1998:113). Está pues en perspectiva, una nueva geopolítica del poder; la explosión de otras identidades políticas no territoriales (no estatales) y de lugares, entendiendo el lugar, en términos de Agnew, como “El encuentro de la gente con otra gente y con las cosas en el espacio, es decir, a las maneras como la vida cotidiana se inscribe en el espacio y adquiere significado

La dimensión emocional de la política y el poder

Como lo vienen proponiendo diversos estudiosos, la concepción de la política que se agota en su dimensión “racional e instrumental”, está dejando por fuera muchas manifestaciones de los fenómenos sociales y políticos que no logran ser “capturados” con nuestra concepción tradicional de la política. A partir de un estudio de caso sobre las dinámicas del conflicto en dos regiones del país⁶, Bolívar y Nieto muestran la “precariedad” de nuestra concepción de la política, esto es, los “hábitos de pensamiento” y más precisamente, los supuestos con los que nos acercamos a [comprender] los vínculos políticos (Bolívar y Nieto, 2003: 80) para *capturar* la gama de situaciones que podrían explicarlos. Dejan ver que asuntos como los *vínculos afectivos* que se establecen entre actores armados y poblaciones en zonas de conflicto, son aspectos que deben considerarse en el análisis. Y ahondan aún más, al interrogar la forma

para grupos particulares de gente y organizaciones. Un lugar, pues, que se construye y se reafirma cotidianamente” (Agnew, 2005). Ambas son perspectivas teóricas y políticas, en el pensamiento social contemporáneo, que interpelan esa concepción institucional y, sobre todo, tan estatal, del poder (y de “lo político) que se suman a los cuestionamientos de la concepción racional e instrumental que nos ha enseñado la teoría política clásica, y están haciendo apuestas en otra dirección que, a nuestro modo de ver, resultan más fecundas para explicar muchos procesos sociales y políticos contemporáneos.

5. Este tema ya ha sido tratado en otra parte. Cfr. Blair, Elsa. “Memoria y Poder. (Des) estatalizar la(s) memoria(s) y (des)centrar el poder del Estado”, En: Universitas Humanística. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana (En Prensa).

6. Se trata del Putumayo y los Montes de María (Cfr. Bolívar y Nieto, 2003)

como comprendemos los vínculos políticos. Todo su análisis conduce a apoyar el presupuesto de Bourdieu según el cual, habría necesidad de incluir las “emociones corporales” (vergüenza, humillación, timidez, ansiedad, culpabilidad, pasiones y sentimientos de amor, admiración y respeto, ira o rabia impotente) a la hora de analizar los fenómenos y las prácticas políticas (Bolívar y Nieto, 2003: 81). Con ello se están permitiendo cuestionar la manera como tradicionalmente se ha pensado y analizado la política, dejando ver que la “exclusión” de estos aspectos *subjetivos y emocionales* de las dinámicas políticas, obedece a una cierta “incomodidad” para abordarlas, propia de los analistas políticos. Parecería pues, que se sigue pensando que la política es un asunto de diálogos y de hombres racionales (Ibíd., p. 82).

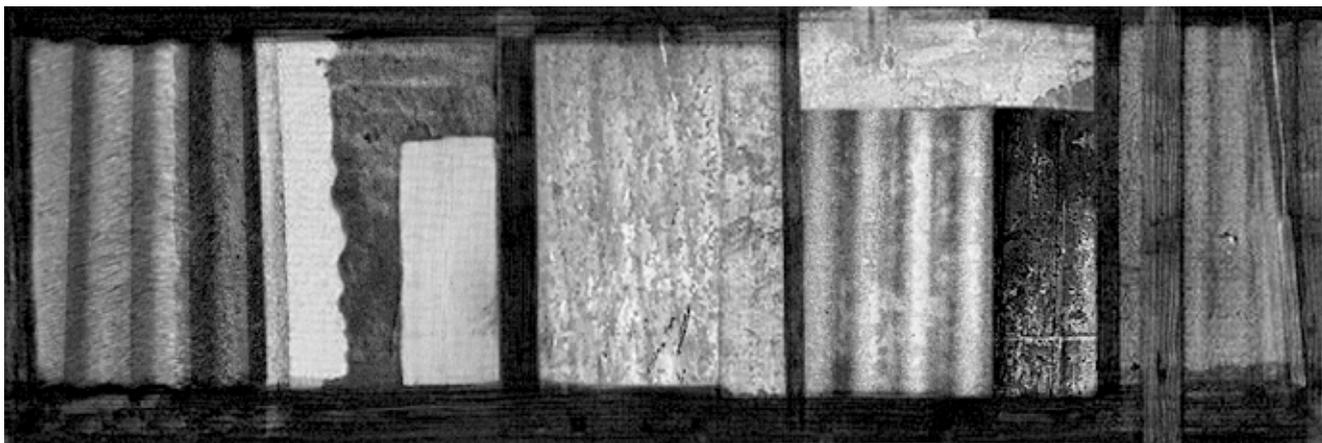
Ignorar las emociones como parte de las relaciones sociales y del sentido de la acción humana es, sin duda, un fenómeno de larga data y una práctica extendida en las Ciencias Sociales (Jimeno, 2008: 270). Reconocer el valor de las *connotaciones emocionales* permitirá recuperar para el análisis, una parte importante de la vida social (Harkin cit. en Jimeno 2008: 270) y -agregamos nosotros- de la vida política. Los estados emocionales en la vida social no son como se asume fácilmente, “estados internos” o “estados mentales alterados” o instintivos o pre-culturales (Jimeno, 2008: 279). De la misma manera, Veena Das ha señalado cómo, esta *dimensión subjetiva y afectiva* de la acción social, ha sido desvirtuada por la teoría sociológica desde Weber, toda vez que si bien se incluye la subjetividad del actor social, existe sin

embargo, una sobredeterminación del actor social como *actor racional*; dimensión *racional* donde los afectos desviarían el curso de la acción racional. Dice: “*La acción afectiva sólo se toma en cuenta en la medida en que es capaz de desviar el curso de una acción racional bien definida*” (Das, 2008:197 cursivas agregadas). Así las cosas, la acción afectiva termina siendo lo que ella llama una categoría “residual” con la cual se busca encasillar todo aquello que no puede explicarse, según el paradigma de la acción racional (Ibíd., p. 197). Es lo que, desde otro lugar, planteaba Iván Orozco al decir que [era] “*preciso diferenciar, entre una lectura de la violencia y de la guerra, como lenguaje de la razón instrumental o estratégica de un lado, y del otro, como lenguaje estético expresivo*”. La distinción es importante no sólo por sus implicaciones en lo que atañe a una teoría racionalista de la responsabilidad, sino por sus alcances para pensar el punto de vista de las víctimas. “*El lenguaje de la razón instrumental, al leer la violencia como medio para alcanzar un fin, las oculta; el lenguaje estético expresivo en cambio, en cuanto expresión de una visión de la violencia como “herida sobre el cuerpo”, las visibiliza*” (Orozco Abad, 2002: 98 Cursivas agregadas).

Seguramente, la exclusión de esta perspectiva en el análisis político, responda también al hecho señalado por Bourdieu, de la “reputación” que se le asigna a la política dejando por fuera muchos aspectos sociales que también hacen parte de las prácticas políticas. Dice:

“El mundo social está ausente, por ignorado o por reprimido, de un mundo intelectual que puede parecer obsesionado por la política. Mientras que las intervenciones propiamente políticas [...] pueden aportar prestigio a sus autores, los que se dedican al conocimiento directo de las realidades sociales son objeto a la vez de un leve desprecio [...] y de una discreta sospecha” (Bourdieu, 2004: 57 Resaltados agregados).

Para quienes hemos trabajado directamente con las víctimas del conflicto armado, uno de los fenómenos sociales y políticos que exige la inclusión de *la emocionalidad, la afectividad y la subjetividad* en el análisis, es el de la memoria. Sin duda, ella está ligada estrechamente a las vivencias y experiencias emocionales y subjetivas de las víctimas. Los efectos de la guerra sobre los pobladores, lo que podríamos llamar el “insumo” de sus recuerdos a la hora de la rememoración, tienen, además de las implicaciones materiales que todos conocemos, también, y quizá sobre todo, *implicaciones subjetivas y emocionales*. De ello dan cuenta todos los relatos. Hay una gran dosis de “indignidad” en las acciones violentas que vulnera la propia subjetividad y la “humanidad” de los individuos y las comunidades, más allá de la precariedad material en la que los envuelve. Esto explica la importancia, reconocida por todos los trabajos sobre las memorias del conflicto y/o de la guerra, de los *apoyos psicosociales* a estas poblaciones vulneradas, en sus necesidades más básicas como seres humanos. Lo que quizá aún no se acepta es que estas “emociones” y subjetividades puedan potenciarse políticamente.



II. LA NOCIÓN DE MICROPOLÍTICA

"La memoria puede 'vencer' a la cronología oficial."

Michel Pollack

Esta noción, tomada de Foucault, es una apuesta política "alternativa" y sugerente, propuesta por algunos autores que vienen re-actualizando la perspectiva foucaultiana de análisis del poder para pensar muchos fenómenos de las sociedades contemporáneas (Espósito, 2006; Ibarra, 2007; García, 2000; Berrío, 2009). En ella, estos autores están encontrando vías de exploración bastante más fértiles para explicar muchos procesos sociales y políticos actuales trascendiendo esa mirada estatal (léase: exclusivamente institucional) de "lo político". Uno de ellos, entre muchos otros, es el investigador argentino Raúl García, quien en un análisis sobre el carácter político del cuerpo, introduce el concepto de micropolíticas, para proponer un análisis microfísico del poder; entendiendo por ellas:

"Las estrategias de poder que se ponen en funcionamiento más allá –o más acá– de las políticas estatales [...] pequeños espacios reticulados

que se tejen en los intersticios de las grandes estrategias políticas –espacio macro político–, en conjunción o disyunción con ellas [...] espacios que diseminan otras estrategias y otros sistemas de fuerzas y que diseñan disputas tapadas por las sombras de los grandes hitos con que se compone la Historia". (García, 2000: 12 Subrayados agregados).

El concepto puede ser utilizado también, –y es lo que proponemos en este artículo– para pensar en la(s) memoria(s) "no oficiales" o, como las llama Pollack, subterráneas –para designar el "lugar" que ocupan en la sociedad– (Pollack, 2006). En efecto, cuando el problema del poder se (des)centra del poder del Estado (Blair, 2011) y se concibe como un poder en red, atravesando la vida social, (Foucault, 1998) manifestándose en otros "lugares" (o a escala micro y no estatal), surgen múltiples líneas de indagación de fenómenos como es el caso de la(s) memoria(s) cuya disputa por el sentido del pasado, hace de ella(s) siempre, un asunto político, pero donde "lo político" de estas memorias, se expresa en lugares y en espacialidades diferentes⁷ más cercanas, más familiares, más

vecinales, más cotidianas, (esto es, más micro) donde también se construyen relaciones de poder y desde las cuales se pueden entonces, organizar acciones de resistencia.

Si bien, conocemos los esfuerzos institucionales de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR), concretamente el Grupo de Memoria Histórica (GMH), por construir una memoria de la guerra en el país, recogiendo y documentando a través, principalmente de testimonios, muchos de los eventos más violentos en los años recientes, particularmente las masacres; sabemos también, que otros múltiples esfuerzos de reconstrucción de la(s)

7. Vale la pena mencionar que entre esas nuevas espacialidades le acordamos un lugar central al cuerpo y ya sabemos que la memoria es sobre todo corporal (Ricoeur, 2003; Sánchez, 2006). Entender el cuerpo como "lugar de memoria" y la corporalidad como expresión política de la misma, ayuda a explicar y a potenciar muchos de los movimientos y manifestaciones de resistencia a la guerra, centradas en el cuerpo.

memoria(s) más locales, fragmentarias, más íntimas, poco “visibilizadas” por los medios, no han hecho parte de ese relato⁸. Son muchos los esfuerzos, las iniciativas y los ejercicios de memoria de distintos tipos que se vienen produciendo en el país sin que hagan parte del relato oficial y es preciso potenciarlos. El testimonio (o la memoria oral), es un caudal de expresión que aún no conocemos completamente y como lo ha dejado ver Pollack, la(s) memoria(s) “subterráneas”, tienen en la historia oral, la posibilidad de dar importancia a los excluidos, los marginados, las minorías (Pollak, 2006) como oposición a la memoria oficial. Con ellas se han gestado diversas expresiones de resistencia al poder. Como lo señalábamos desde 2009, una vez reconstruidas las memorias de la(s) violencia(s), el grupo de Memoria Histórica (GMH) de la CNRR, debería velar también por dejar, al menos planteada, la necesidad y la posibilidad de reconstruir una “Historia (o una memoria) de las resistencias” (Blair et Al, 2009), con el fin de potenciar en el análisis, las “dos caras” del poder: la de la dominación y el control (ejercido a través de la violencia y/o de la guerra), y la de la resistencia. “El largo silencio sobre el pasado [como el que han guardado estas memorias subterráneas que aún no emergen a la superficie y al reconocimiento] lejos de conducir al olvido, es la resistencia que una sociedad civil impotente opone al exceso de discursos oficiales [son la voz] de una sociedad que transmite cuidadosamente los recuerdos disidentes en las redes familiares y de amistad esperando la hora de la verdad y la redistribución de las cartas políticas” (Pollack, 2006:20). Este uso de la memoria oral revela

el trabajo psicológico del individuo que tiende a controlar las heridas, las tensiones y las contradicciones entre la imagen oficial del pasado y sus recuerdos personales; a través de ese trabajo de reconstrucción de sí mismo, el individuo define su lugar social y sus relaciones con los demás (Pollack, 2006: 29/30).

III. LOS PROCESOS DE RESISTENCIA EN LOS (MICRO)ESPACIOS DE LA VIDA COTIDIANA O DE LA LEGITIMIDAD POLÍTICA DE LA(S) MEMORIA(S) LOCALES

“...La vida cotidiana es LA vida.”

Ágnes Heller

Todas las apuestas que conocemos por combatir la marginalidad o el carácter de “periféricas” de esas memorias subterráneas, tienden a hacerlas aparecer para poner en lo público esos recuerdos, esos -en términos de Pollack-, “no dichos” de la(s) memoria(s) de dolor y de muerte (Pollack, 2006: 24). Nuestra sugerencia aquí es diferente. Si bien, no nos sustraemos a la posibilidad de hacerlas emerger y lograr su lugar en lo público, asumimos que lo público no es, necesaria (o exclusivamente), lo estatal y que ellas se despliegan en otros espacios “públicos” y, claramente políticos, que tienen otros mecanismos y estrategias de poder y, en consecuencia, la legitimidad de la(s) memoria(s) subterráneas, no estaría determinada por la “legitimidad” del Estado, es decir, por “los espacios de poder”, sino, por el contrario, por el “poder de los espa-

cios”⁹ y las acciones de resistencia que ellos ofrecen. La apuesta política que sostiene esta propuesta es de largo alcance toda vez que modificar ese manejo del poder -entendiendo que “el poder no es una cosa o una posibilidad cedida exclusivamente a los estados, sino el recurso a la acción (agency) implicado en toda actividad social encaminada a conseguir los fines que se ha propuesto” y que, en esa medida, “El poder es inherente a todas las acciones humanas” (Agnew, 2005:63)- apunta a “intentar hacer un mundo menos estadocéntrico y, consecuentemente, menos peligroso... Un paso hacia la rehumanización del mundo, a volver a poner a la gente en el centro de la geopolítica” (Agnew, 2005).

Cuando se asume que el poder no se agota en su dimensión estatal y que tiene, por el contrario, otras formas para expresarse y otros espacios para desplegarse, la perspectiva de análisis de las memorias “no oficiales”, cambia sustancialmente y adquiere una

8. La comisión reporta 196 iniciativas de este tipo en el país, pero todos sabemos que “no están todas las que son”. Dos ejemplos que nos son cercanos sirven para ilustrarlo: las Muñecas de trapo construidas por campesinas de Sonsón, agrupadas en la Asociación de víctimas del Municipio y el libro de poemas, llamado “Mis anécdotas” de otra campesina, víctima de la violencia en la misma región (ver recuadro: Promesa autora Gloria Mejía Marín).

9. Cfr. Es, en efecto, un juego de palabras que no obstante va mucho más allá y descentra el problema del poder de la esfera exclusiva del Estado. Para una amplia reflexión sobre estos “otros” espacios de poder, no necesariamente estatales, ver Agnew, 2005; Piazzini et Al, 2008.

dimensión política poco estudiada y potencializada. Queremos entonces, en este tercer y último punto, mostrar cómo estas memorias -en un análisis micropolítico del poder- pueden alcanzar la legitimidad suficiente y el reconocimiento público/político por la vía de mecanismos y lugares “no estatales” de poder. Apoyada en algunos trabajos que reivindicán la importancia de esos espacios “micro”, también inundados de relaciones de poder (y en consecuencia de resistencia), trataré de mostrar dos componentes que los constituyen: la subjetividad y la cotidianidad. La primera entendida como el poder del sujeto sobre sí mismo (Pedraza, 2010:12) que pasa por la reivindicación de la emocionalidad en la política, y la segunda entendida como el lugar espacio-temporal donde nuestras relaciones sociales logran concreción y, por tanto, se llena de experiencia y sentido social (Ortega, 2008: 22).

Subjetividad y Cotidianidad

El asunto de la subjetividad ha entrado con fuerza en la discusión de las Ciencias Sociales, hasta el punto de generar debates que trascienden las fronteras disciplinares¹⁰ volviendo a preguntarse por la dicotomía entre estructura/agencia, objetivo/subjetivo; racional/irracional, macro/micro (Giddens, 1987; Pollack, 2006; Ortega, 2008; Pedraza et Al, 2010); así las cosas, las Ciencias Sociales están obligadas a reconsiderar el asunto y a no sustraerse de su discusión. En efecto, “tanto la noción de agencia, como la multiplicación de subjetividades que se detectan y exploran en las investigaciones actuales, sugieren la necesidad de inquirir con detenimiento en las acciones que han sacudido lo que

parecía haberse acomodado bajo la rúbrica de la identidad” (Pedraza, 2010). Una definición simple de subjetividad podríamos acordársela a la expresión: “el poder del sujeto sobre sí mismo” (Pedraza, 2010:12). Es la conciencia de sí la que constituye la subjetividad y ella se conforma mediante un proceso social hacia fuera de uno mismo, hacia otros y desde otros (Jimeno, 2008:277). Existe entonces una “tarea subjetiva” entendida como la labor y el deber de los seres humanos de pensarse a sí mismos y de emprender acciones que los afecten, los transformen y los lleven a realizar aquella condición humana a la que aspiran. Pero, sobre todo, lo que intentan rescatar estos estudios nuevos sobre el tema, es el alcance del sentido político que concentra esta actividad y destacar su potencia como alternativa a la lucha social (Pedraza, 2010: 12 Cursivas agregadas).

Esa subjetividad, sin duda presente en las memorias, tiene en la cotidianidad un espacio específico para desplegarse. Como bien lo señala Heller (1998), “Para la mayoría de los hombres la vida cotidiana es LA vida”. La relación entre subjetividad y cotidianidad se entiende claramente cuando asumimos que, en palabras de Das, “la construcción del yo está ubicada en el contexto de hacer habitable la cotidianidad,” por eso habla de “un descenso hacia la cotidianidad” expresado bellamente como “el regresar las palabras a casa”. Sugiere que la creación de sí en el registro de lo cotidiano consiste en armar cuidadosamente una vida [...](Das, 2008: 162, 160, 167 cursi-

vas agregadas). Con ello se refiere a los acontecimientos de lo cotidiano y al intento de forjarse uno mismo como sujeto ético dentro de ese escenario de lo común.

Como lo señalan Veena Das (2008) y Francisco Ortega (2008), el tema de la cotidianidad viene ganando relevancia política. Ambos autores, siguiendo la vía abierta por De Certeau (2000) con su propuesta sobre “reinventar la cotidianidad”, propugnan por adelantar y permitir la reparación para restablecer espacios de coexistencia social, a través de la reconstrucción de sus propios hogares, dado que, es “el día a día el sitio donde se repara el lazo social” (Ortega, 2008:18). De ahí su propuesta por identificar acciones concretas de las víctimas y los modos en que estas padecen, perciben, persisten y resisten las violencias, recuerdan las pérdidas y le hacen el duelo, la absorben, la sobrellevan y la articulan a su cotidianidad. Pero, sobre todo, evidencian la capacidad de agencia

10. Campos temáticos como los que abarcan el feminismo, los estudios de género, y los estudios culturales han confluído con la sociología, la antropología, la psicología social, la estética y los análisis literarios para incursionar en diversos fenómenos vinculados con “...la labor que emprende el sujeto al actuar sobre sí mismo y han estimulado los esfuerzos por comprender y analizar en qué condiciones puede el sujeto modificarse a sí mismo, con qué recursos interviene su auto comprensión y cómo, con qué propósitos los emplea” (Pedraza, 2010 subrayados agregados). Además del lugar que ocupa la problemática del “sujeto” en la teoría social actual como en el caso de la obra de autores como Bourdieu, Giddens y Sahlins (Jimeno, 2008: 277).



de estas poblaciones sometidas a la violencia cuando plantean que si bien esas violencias configuran la subjetividad, son a la vez, configuradas y susceptibles de ser transformadas por las acciones mismas de las comunidades y esa cotidianidad encuentra su expresión concreta en la comunidad a la que se pertenece (Ortega, 2008: 20 y sgts).

Todos los esfuerzos e iniciativas de memoria que se vienen haciendo desde distintos lugares y “comunidades” en sus prácticas cotidianas, muchas de las cuales hemos acompañado desde la academia pero también desde la intervención y la labor de ONG, deberían llevarnos a intentar responder la pregunta que se hacía Das sobre si “¿Hay otros caminos por los que pueda darse la creación del yo, a través de la re-ocupación del mismo espacio de la devastación

acogiendo los signos de la injuria y convirtiéndolos en las maneras de devenir sujetos?” (Das, 2008: 159).

Subjetividad, Cotidianidad y Memoria

Estas memorias locales, no “oficiales”, de alguna manera “marginales” cuando se piensa desde la “centralidad” del poder estatal, tienen, pues, en la cotidianidad y la subjetividad dos terrenos fecundos para desplegarse. Son llamados microespacios definidos (Das, 2008:150) donde, sin embargo, se desarrolla y se concreta la vida social. En el caso de las víctimas de la violencia, se trata de una memoria del sufrimiento y de la pérdida, pero, ya lo sabemos, es preciso rescatar el potencial político del dolor y el sufrimiento humanos (Restrepo, 2000) y contribuir a que las víctimas puedan re-habitar

el mundo. Aun cuando es cierto el impulso o la “avanzada” que registra en la actualidad el concepto de subjetividad, y que está permitiendo discusiones más amplias, definiciones más precisas o acabadas del mismo e interpretaciones más complejas de su intervención en los procesos sociales, el tema de la subjetividad no es realmente nuevo. En la filosofía ha estado desde siempre y en la Historia, aparece en el debate “viejo” pero aún no saldado por los historiadores, en relación con la Memoria. No obstante, para algunos historiadores, el componente subjetivo de los relatos, le quitaría la capacidad “veritativa” que sí tendría la Historia. Pécaut, por ejemplo, sostiene que hay diferencias sensibles entre los relatos basados en la memoria y los relatos propiamente históricos, lo cual es a todas luces evidente. Dice textualmente: “los pri-

meros remiten a la temporalidad vida, no implican una periodización definida y, ligados a las experiencias individual o colectiva, son de por sí múltiples. Los segundos son contruidos, por el contrario, sobre la base de una periodización que debe ser justificada, dependen de criterios de verificación y tienen pretensión de unicidad” (Pécaut, 2003:127). Lo que cuestionamos es el carácter de “verdadera” que tendría la Historia por oposición a la Memoria.

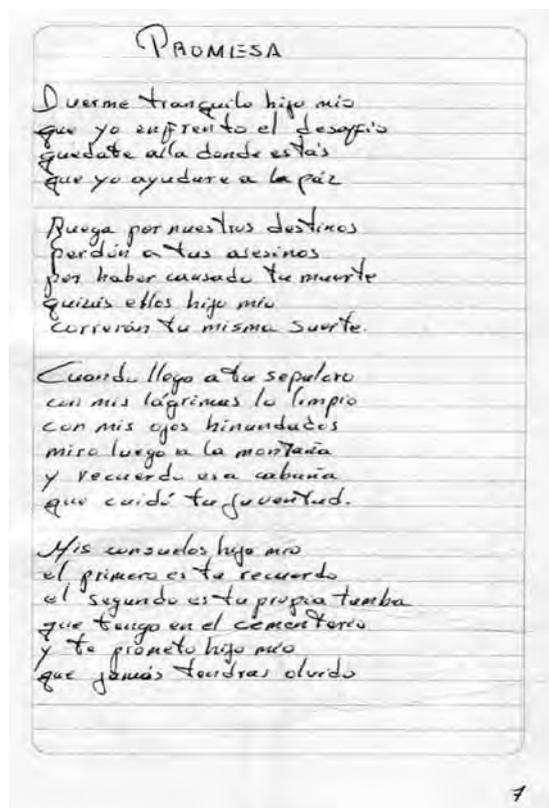
Esa memoria construida por los historiadores y convertida en “historia oficial” es la denominada como “memoria encuadrada” (Pollack, 2006: 40). Aquellas que le asignan un papel fundamental al Estado, lo que nombra Da Silva Catela como la estatización de la memoria para designar con ella el papel central que ocupa el Estado como agente de memoria y su pretensión de generar una política centralizada de memoria, negando implícitamente la pluralidad de memorias que circulan y son defendidas por diversos grupos e instituciones (Da Silva Catela, 2010: 8). Otros historiadores, por el contrario, le acuerdan un lugar especial a la subjetividad de las memorias; de ahí su reivindicación de la historia oral como fuente historiográfica y su argumento sobre la ambigua utopía de la objetividad: por un lado la objetividad de la fuente, por el otro, la objetividad del científico con sus procedimientos neutrales y asépticos. En el espacio intermedio, en la tierra de nadie, ni de los hechos ni de la filosofía, se coloca el territorio inexplorado y exorcizado de la subjetividad. La paradoja principal de la historia oral y de las evocaciones es de hecho, que las fuentes son personas, no documentos.

La motivación para narrar consiste precisamente en expresar el significado de la experiencia a través de los hechos: recordar y contar es ya interpretar. Excluir o exorcizar la subjetividad como si fuera solo una fastidiosa interferencia en la objetividad fáctica del testimonio quiere decir, en última instancia, distorsionar el significado mismo de los hechos narrados (Portelli, 1994:34 *Cursivas agregadas*). En todo caso, potenciar esa historia oral requiere una “sensibilidad epistemológica específica bien agudizada” y un discurso sensible a la pluralidad de realidades (Pollack, 2006: 43/47). Es también el debate que introducía Sánchez al acordarle a la Historia una pretensión objetivadora y distante frente al pasado, que diluye las memorias particulares en un relato común, mientras la memoria resalta la pluralidad de relatos, inscribe, almacena u omite y, a diferencia de la Historia, es la fuerza, la presencia viva del pasado en el presente; ella se preocupa por las huellas de la experiencia vivida, su interpretación, su sentido (Sánchez, 2006:22).

Como lo señala Jimeno “la comunicación de las experiencias de sufrimiento, permite crear una comunidad emocional que alienta la recuperación del sujeto y se convierte en un vehículo de recomposición cultural y política [...] y esto requiere la expresión manifiesta de la vivencia y de poder compartirla de manera amplia, lo cual, a su vez, hace posible recomponer la comunidad política” (Jimeno, 2008: 262). Sin duda, es preciso hacer justicia a la experiencia subjetiva de dolor (Das cit., en Jimeno P. 262). Según esta autora,

los testimonios de violencia son la clave de sentido y creación de un campo intersubjetivo, en el cual se comparte el sufrimiento y puede anclarse la reconstitución de la ciudadanía (Jimeno 2008: 267). Pensamos, sin embargo, que si bien deja ver la dimensión política e intersubjetiva del acto de contar, la categoría de ciudadanía apunta a la concepción de la política que hemos considerado aquí demasiado institucional; quizá el sentido político del “compartir el dolor” y de forjar en el relato “comunidades emocionales”, esté en la recomposición de la subjetividad y en la recuperación del ritmo de la vida cotidiana, “LA” vida. Pero para ello debemos apostarle a una reconceptualización de lo político que no deje al margen las emociones y las subjetividades como asuntos de la vida social, pero no política.

Pensamos que es justamente en su registro más actual y en sus potencialidades políticas reconocidas hoy, donde la subjetividad debe ocupar un lugar en los análisis y concretamente, en los procesos de reconstrucción de la(s) memoria(s). Dos ejemplos servirán para ilustrarlo: Como fue particularmente claro en el trabajo realizado en algunos barrios de Medellín que quería reconstruir las memorias del conflicto armado, “estas vivencias, surgidas del entramado cotidiano y barrial, que por décadas han cimentado el conflicto con todas sus variantes y altibajos, revelan una dimensión subjetiva, experiencias cotidianas e historias que se inscriben y escriben en el conflicto, y que no se padecen de manera “pasiva”, sino que se reconstruyen, se descifran, se sobreviven –y resisten– en el día a día” (Berrío y Grisales, 2011). Es lo que, por otra parte, se concluye de un trabajo realizado en Granada,



Antioquia, con la asociación de víctimas, ASOVIDA, al decir que: “el proceso que han llevado a cabo estas personas muestra cómo, el alcance de la lucha política no solo se mide con el logro o no de una política pública¹¹, sino también, en la importancia, profundidad e impacto que esta tiene en la experiencia subjetiva de quienes participan en el proceso, en la resistencia y en la visibilización de las víctimas. Es lo que la autora llama, muy bellamente, “el sentido político de la dignidad” (Carrizosa, 2010 cursivas agregadas)¹². Subjetividad y cotidianidad son, pues, dos “espacios” donde se suceden los acontecimientos reales de la vida y en esa medida, espacios donde las personas se juegan su “dignidad”, el no contemplarlos en el análisis como una dimensión política es “mutilar” el sentido mismo de lo político y su estrecha relación con la ética. De ahí que se precise introducir la pregunta sobre los límites de lo tolerable y lo

intolerable para la dignidad humana, en un orden social como un asunto político.

Esto puede conseguirse a través de múltiples acciones de resistencia (la otra “cara” del poder) contra todas las prácticas que vulneran la dignidad, pero teniendo en cuenta que se trata de una resistencia entendida no siempre como un acto deliberado de oposición a las grandes lógicas opresivas [espacio macro político de la sociedad] sino como la dignidad

11. Que vale la pena resaltar, sería una legitimidad “institucional-estatal”.

12. Ambos son resultados de proyectos de investigación desarrollados por miembros del Grupo Cultura, Violencia y Territorio adscrito al INER de la Universidad de Antioquia.

13. No ignoramos las discusiones aún no saldadas sobre la capacidad de la narrativa para “sanar” o, por el contrario, para reavivar el dolor (Sánchez, 2008; Del Rocío, 2004), ni las discusiones sobre la imposibilidad de comunicación del dolor, esto es, de su “indecibili-

dad” (Das, 2008; Aranguren, 2008; Jimeno, 2008) y otros debates similares, que tienen que ver con el “acto de testimoniar” pero, por los propósitos del artículo, no podemos desarrollarlos aquí. Baste decir que hablamos del contar, -casi en el sentido psicoanalítico del término-, como la capacidad (y la necesidad subjetiva de las víctimas) de “poner en palabras” o en “actos” o en “artefectos”, los recuerdos de los sucesos dolorosos que deben emerger para sanar y no sedimentarse en el silencio.

REFLEXIONES FINALES

Queremos para terminar, responder la pregunta que nos sirvió de epígrafe sobre si frente a los procesos actuales de reconstrucción de la(s) memoria(s), en una situación como la colombiana de “No-postconflicto”, “¿No sería mejor abstenerse de hablar?” (Pollack, 2006). Y pensamos que no. Más bien, planteamos que es preciso contar¹³; dejar que esas memorias, llenas de subjetividad como “huellas de la experiencia vivida”, (Sánchez, 2006:22) se expresen y se recreen en distintos espacios: cercanos, cotidianos, familiares, vecinales, y que las víctimas puedan, como en el caso del poema, (ver recuadro) expresar y tramitar, cotidianamente, emociones como el dolor y la pérdida y, más bien, intentemos potenciar la capacidad política de esas otras

formas no estatales, no macro, sino (micro) políticas del poder y con ellas restaurar el sentido político de la dignidad.

Nada nos impide pensar que estas experiencias de reconstrucción de la(s) memoria(s), “peligrosas”, tímidas, poco visibles o todavía subterráneas que se producen a nivel local o en lo micro, tengan, siguiendo a Ortega, “la capacidad para estructurar o por lo menos afectar de manera silenciosa y frecuentemente imperceptible el presente y, por tanto, moldear futuros horizontes de expectativas” (Ortega, 2008: 30). ¿Y no es acaso la política, una apuesta por construir futuras y más dignas maneras de ordenar la vida juntos?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agnew, John (2005). Geopolítica: una revisión de la política mundial. Madrid: Trama editorial.
 - Aranguren, Juan Pablo (2008). “El investigador ante lo indecible y lo inenarrable (una ética del escucha)”. En: Nómadas No. 29, Bogotá: IESCO, Universidad Central, Pp. 20-33.
 - Berrío, Ayder y Grisales, Marisol (2011). “La cotidianidad, el tiempo vivido y las marcas subjetivas de la violencia. Tras las huellas del sufrimiento social en la conflictividad urbana en Medellín” Medellín: INER. Informe final de Investigación (Inédito).
 - Blair, Elsa. “Memoria y Poder. (Des) estatalizar la(s) memoria(s) y (des) centrar el poder del Estado”, En: Universitas Humanística. Bogotá: Pontificia Universidad javeriana (en Prensa).
 - Bolívar, Ingrid y J Nieto (2003) “Supervivencia y regulación de la vida social: la política del conflicto”, En: Nómadas No. 19. Bogotá: IESCO, Universidad Central. Pp. 78-87.
 - Carrizosa Isaza, Catalina (2010). Nuevas ciudadanía y configuración de sujetos políticos a partir del conflicto armado. La experiencia de la Asociación de Víctimas de Granada – Antioquia, ASOVIDA. Monografía de grado. Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia.
 - Castillejo Cuéllar, Alejandro (2009) Los archivos del dolor. Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea. Bogotá: Universidad de los Andes. CESO. Departamento de Antropología.
 - Da Silva Catela, Ludmila (2010). Pasados en conflicto. De Memorias dominantes, subterráneas y denegadas (Conferencia presentada en la U de A, el 27 de octubre de 2010, en el marco de conmemoración de los 10 años del grupo Cultura, Violencia y Territorio. INER. Universidad de Antioquia). (Publicada parcialmente en la Revista DEBATES No. 57. Universidad de Antioquia. Medellín, 2010).
 - Das, Veena (2008) “La subalternidad como perspectiva”, En: Veena Das: agentes del dolor, sujetos de dignidad. Bogotá: CES Universidad Nacional de Colombia. Pp. 195-215.
 - Das, Veena (2008) “Trauma y Testimonio”, En: Veena Das: agentes del dolor, sujetos de dignidad. Bogotá: CES Universidad Nacional de Colombia. Pp. 145-169.
 - Del Rocío, Belén (2004). “El objeto de la memoria y el olvido”. En: Desde el Jardín de Freud, No. 4. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pp. 16-33.
 - Esposito, Roberto (2006) Bíos. Biopolítica y Filosofía. Buenos Aires: Amorrortu editores.
 - Foucault, Michel (1998) Historia de la sexualidad. Vol., 1 La voluntad de saber. Madrid: siglo XXI García, Raúl (2000) Micropolíticas del cuerpo. De la conquista de América a la última dictadura militar. Buenos Aires: Editorial Biblos.
 - Guha, R. (1985) “Forestry and social protest in Brutinh Kuinaon, 1893-1921” En: Guha Ranajit Subaltern studies IV. Delhi.
 - Heller, Ágnes (1998) Sociología de la vida cotidiana. Barcelona: ediciones península.
 - Ibarra, Jorge Ignacio (2007) Análisis del poder desde una perspectiva foucaultiana: una mirada crítica a la filosofía del derecho, a la razón de Estado y a los aparatos jurídico-disciplinarios.
- En Linea: http://antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=1080.
- Jimeno, Myriam (2008) “Lenguaje, subjetividad y experiencias de la violencia”: En: Veena Das: agentes del dolor, sujetos de dignidad. Bogotá: CES Universidad Nacional de Colombia. Pp. -261-291.
 - Kalyvas, Stathis (2004) “La violencia en medio de la guerra civil. Esbozo de una teoría”. En: Análisis Político No. 42. Bogotá: IEPRI Universidad Nacional de Colombia. Pp. 3-25.
 - Ortega, Francisco (2008) “Rehabitar la cotidianidad” En: Veena Das: agentes del dolor, sujetos de dignidad. Bogotá: CES Universidad Nacional de Colombia. Pp. 15-69.
 - Ortega, Francisco (2004) “La ética de la historia. Una imposible memoria de lo que olvida”. En: Desde el Jardín de Freud, No. 4. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pp. 102-119.
 - Piazzini Emilio et Al., (2008). “La potencia del Espacio” (Introducción) En: Geopolíticas: espacios de poder y poder de los espacios. Medellín: La Carreta INER. Universidad de Antioquia.
 - Piazzini, Emilio (2004). “Los estudios socio-espaciales: hacia una agenda de investigación transdisci-

- plinaria”, En: RegionES No. 2. Medellín: INER, CRECE y Observatorio del Caribe. Pp. 151-172.
- Pollack, Michel (2006) *Memoria, Olvido, Silencio. La producción social de identidades frente a situaciones-limite*. La Plata, Argentina: Ediciones al Margen. Colección Antropología y Sociología (Introducción de Ludmila Da Silva Catela).
 - Portelli, Alessandro (1994) “*La filosofía y los hechos. Narración, interpretación y significado en las evocaciones y las fuentes orales*”. En: *Fundamentos de Antropología* No. 3 Granada, España-
 - Ricoeur, Paul (2003) *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: editorial Trotta.
 - Sánchez, Gonzalo (2006) *Guerra, Memoria e Historia*. Medellín: La Carreta (2ª.ed aumentada).
 - Sánchez Lopera Alejandro, Franz Hensel, Mónica Zuleta y Zandra Pedraza (comp.) (2010) *Actualidad del sujeto. Conceptualizaciones, genealogías y prácticas*. Bogotá: Universidad Central, Universidad del Rosario, Universidad de los Andes.
 - Uribe, María Victoria et Al (coord.) (2009). *Memorias en tiempo de guerra. Repertorio de iniciativas*. Bogotá: CNRR. Punto aparte ediciones.